

**JOAN VENDRELL FERRE. *EL PODER MASCULINO
EN SUS ESTRUCTURAS. UN ANÁLISIS DESDE LA ANTROPOLOGÍA
DEL GÉNERO.* UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO
DE MORELOS, 2020**

Reseña Bernardo Adrián Robles Aguirre^a

^a Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia,
Posgrado en Ciencias Antropológicas. brwrdpiec@gmail.com

Para Vendrell, la tarea de una antropología del género, como la planteada aquí, es ante todo la de proceder a la desnaturalización de ese orden de poder, en sus palabras: un desencantamiento. A lo largo del libro observamos que el autor reconoce que la función de la cultura es seleccionar conjuntos de patrones y atribuírselos a los varones o a las féminas, constituyendo así a los “hombres” y las “mujeres” en su variedad intercultural, y reconoce que la crisis de la masculinidad y su traslado a la investigación y discusión académica es la fragmentación.

El campo masculino ha fundado su domino en la autolimitación y en la contención, lo que actualmente se entiende como “lo femenino” de igual manera es un sistema de contención, impuesto a las hembras de la especie desde el dominio masculino y a su servicio.

En el campo antropológico, el género ha sido estudiado a partir de cuatro cuestiones: 1) la entrada de mujeres en la profesión antropológica, 2) la conciencia feminista perteneciente a las siguientes generaciones de antropólogas, 3) la crisis de los modelos tradicionales de masculinidad y el consecuente interés por la misma por parte de antropólogos varones y 4) culmina con una antropología del género propiamente dicha todavía incipiente y vacilante en sus objetivos, pero ya sólidamente asentada en los programas y en la producción académica. Aquí es donde se percibe una “perspectiva de género” entendida en tanto sistema que constituye e integra tanto a lo

masculino como a lo femenino, que además lo hace en una estructura de poder asimétrica. En dicha antropología, lo masculino y lo femenino deben ser puestos siempre en relación y estudiados en consecuencia.

En la primera parte, Joan analiza un conjunto de pequeños estudios monográficos centrados en lo que, a su juicio, constituyen temas o instantes clave, algo así como los jalones que permiten comprender lo que ha sido la historia del desarrollo de la perspectiva de género en la disciplina antropológica o al menos lo que desde la antropología del género contemporánea puede pensarse como lo más influyente. Aquí reflexiona sobre Lévi-Strauss, cuyo tema es el “intercambio de mujeres” y le da voz propia; en cierto sentido, caen en esa definición de lo femenino establecida desde lo masculino como un campo separado, como lo humano extraño y fundamentalmente desconocido.

En este sentido, disecciona, analiza y reconoce en Margaret Mead, Ruth Benedict y Françoise Héritier a las antropólogas que luchan por mostrar que las características psicológicas, los roles sociales y la identidad cultural de las mujeres no constituyen un destino predeterminado, sino que son el resultado de procesos complejos de socialización-enculturación donde lo biológico tiene un papel importante, pero no determina el resultado final.

Así, detecta dos preocupaciones básicas en Mead: desnaturalizar los estereotipos de género vigentes en la sociedad estadounidense de su tiempo, al menos en la parte conocida por ella, y comparar los sistemas de socialización-enculturación con el objetivo de criticar y corregir al de su propia cultura, o a los demás en la medida en que se encuentre en sus manos o le sea solicitado. Mead se interesaría siempre por la socialización diferencial de los sexos y recalcará los diferentes resultados obtenidos en cada cultura en cuanto a los temperamentos “masculino” y “femenino” particulares. En cierto sentido, su obra está pensada y escrita desde el cuerpo, un cuerpo femenino al que, en cierto momento, le fue diagnosticado la imposibilidad de tener hijos, contra lo cual ella se rebeló reiteradamente. Que es lo que Douglas en *The Feminization of American Culture* (1978) considera “la feminización de la cultura americana”.

Ahora bien, la peculiaridad y lo trascendente en el caso de Mead es que dicha perspectiva se encuentra por completo corporalizada, es decir, se trata de la visión de una mujer que se entiende a sí misma *desde su cuerpo* y, ante todo, desde su cuerpo *reproductivo*. Así, los modelos resultantes de masculinidad y feminidad no dimanan en absoluto del cuerpo en sí,

sino de la estructuración cultural del campo del género, es decir, de las relaciones entre los sexos, una de las críticas que hoy se hacen a la segunda ola del feminismo. Se acusa a estas mujeres de representar los intereses de la clase media blanca estadounidense y de no haber tenido en cuenta suficientemente las situaciones de las mujeres de otros estamentos sociales, otras razas u otras culturas.

LA ETNOGRAFÍA GENERIZADA Y EL EFECTO RASHOMON

Como es de todo antropólogo sabido, la perspectiva emic se correspondería con la de los miembros del grupo estudiado, mientras que la etic sería la obtenida propiamente por el etnógrafo como persona capaz de tener una visión externa. Ante esto, Vendrell hace uso del efecto Rashomon para disecar los estudios que se han realizado en el campo de la antropología del género, pues con ello nos obliga a tener en cuenta que cada participante en un determinado acontecimiento, ritual, institución o en el conjunto de la cultura dará de todo ello una versión ligeramente –o muy– diferente según la posición ocupada por él.

Asimismo, el autor se cuestiona: ¿serían lo mismo los tres estudios que componen *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* si Mead hubiera ido al campo sola? La única forma en que es posible afirmar que la actividad económica de las mujeres, generalmente la recolección o algún tipo de cultivo o, en algunos casos, el comercio, es tanto o más importante que la de los hombres –cuando evidentemente desde una perspectiva emic culturalmente no se considera así– es apelando a formas de objetividad que sólo tienen sentido para la etnógrafa.

Por otra parte, hace referencia a Françoise Héritier y reconoce que, aun teniendo en cuenta las variaciones que se perfilan en diferentes culturas y momentos históricos, las relaciones entre los sexos presentan una invariante: la dominancia del principio masculino y parte de tres pilares básicos de lo social presentes en la obra fundamental de Lévi-Strauss: *Las estructuras elementales del parentesco* (1949). Dichos pilares son: la prohibición del incesto, el reparto sexual de las tareas y una forma reconocida de unión sexual, a los cuales ella añade la perspectiva de género y anuncia que, si la dominación masculina fuera natural, no habría necesidad alguna de defenderla y reactivarla generación tras generación a través de todo

tipo de procesos de socialización y de violencias, por no hablar de las cosmovisiones incesantemente recreadas al respecto. En este contexto, Vendrell encuentra en Héritier que los índices de hombría son: la caza, la guerra y la competición violenta. La diferencia es que esas actividades son “voluntarias”. Las mujeres, así como los hombres incapaces o reticentes, han sido tradicionalmente excluidos de dichas actividades y, con ello, de la codiciada pertenencia al estamento dominante.

Así, para Vendrell, de vuelta al tema del poder y la violencia y de las posiciones masculina y femenina, es que, una vez constituidas y articuladas en los términos de la dialéctica del amo y el esclavo, donde la fisiología puede haber jugado el papel que propone Héritier, dichas posiciones se constituyen en la de la dominante y el dominado y tienden a hacerse independientes de los cuerpos implicados. Lo que solemos considerar como propiamente masculino o femenino es producto de una convención cultural y, de hecho, carece de cualquier base biofisiológica. La idea que se impone es que el par masculino-femenino puede ser reducido en última instancia al par dominante-dominado o amo-esclavo en los términos de Hegel.

No hay ningún otro contenido positivo de la masculinidad que la dominación, lo cual implica el complejo poder-violencia, como no hay otro contenido positivo de la feminidad que la servidumbre, lo cual implica la renuncia tanto al poder como a la violencia. A partir de aquí, es posible pensar que no todos los cuerpos machos de la especie van a estar en el lado masculino; muchos no van a ser admitidos en él, otros van a ser expulsados y otros más se van a ir por su cuenta. Todos esos cuerpos excluidos o autoexcluidos del lado masculino presentan algún grado de feminización, lo cual se muestra en su rechazo a ponerse en riesgo al participar en cacerías, guerras, combates y competiciones violentas en general.

Plantear la cuestión del género en términos de la dialéctica del amo y el esclavo nos aboca a problemas parecidos. Sobre la insostenibilidad de la posición masculina en calidad de amo, hoy quedan pocas dudas. La crisis de la masculinidad y el intento de resolverla por el expediente de multiplicar las “masculinidades” son una buena muestra de ello. Ante esto, Vendrell se pregunta: ¿cómo quedaría la sexuación en un mundo pos-género? Debería ser un mundo donde los cuerpos, en términos de la ciudadanía universal, hubieran dejado de importar; donde ya no fuera posible establecer estrategias de dominio y servidumbre a partir de unas determinadas características corporales.

La masculinidad ha pasado por un proceso parecido y, de hecho, paralelo, a los avatares de la toma de conciencia feminista. La antropología del hombre se ocupa más bien de la construcción de la masculinidad y de la precariedad de la condición masculina misma, y así la antropología del género aparece en la década de 1980.

La antropología del género no se ha derivado de los estudios sobre masculinidad, sino más bien de la antropología de la mujer y feminista previa, a esto debemos considerar que todavía hay demasiados cursos, seminarios, coloquios u otros eventos, en la universidad o fuera de ella, que llevan en sus títulos la palabra “género” y siguen centrados fundamentalmente en problemáticas referentes a la mujer. Cuestiones como el transgenerismo o las identidades sexuales no heteronormadas suelen quedar reservadas para el final, o para un apartado o mesa armados como una visión panorámica de todo ello.

Para Vendrell, la antropología debe afrontar y posicionarse en los debates actuales desde el riquísimo bagaje etnográfico reunido en un siglo largo de práctica científica. La antropología debe ser fiel a su agenda propia, regida por el espíritu y el método científicos, así como diferenciarse durante todo momento de las agendas políticas de colectivos determinados. En el estudio antropológico del género, nociones como la de sexo biológico, cuestiones como la transexualidad y movimientos sociopolíticos, deben verse como fenómenos culturales que surgen y se desarrollan en condiciones sociales e históricas concretas; fenómenos, por ello, propios de una determinada cultura y desconocidos en otras, sin que ello suponga mérito o demérito ni deiba dar lugar a juicio alguno.

El patriarcado se ha visto –y se está viendo– sustituido por fenómenos reactivos, como el machismo o la hipermasculinidad, y cabe entender la “crisis de la masculinidad” como un movimiento de recomposición. Ahora bien, una antropología con perspectiva de género no es lo mismo que una antropología del género, pues esta última toma al sistema u orden de género como su objeto de estudio y le da así la categoría de problema antropológico por sí mismo. Por último, debemos considerar que, para el autor, la antropología del género puede verse desde dos perspectivas: como un mecanismo sociocultural de producción de diferencia y de jerarquía, es decir, un mecanismo de poder, como un mecanismo de armonización de la diferencia sexual, contemplada ésta como algo preexistente, irreducible y de carácter fundamentalmente antagónico. El género actuaría

entonces como un mecanismo de construcción de la complementariedad entre los sexos.

Así, invitamos a los lectores interesados en el estudio de género a revisar, analizar y reconocer, en la obra de Vendrell, una veta de interesantes reflexiones en materia de identidad, orientaciones y preferencias que, como yo, no ha podido dejar de cuestionarse a lo largo de los últimos años en un mundo cada vez más cambiante.

LITERATURA CITADA

VENDRELL FERRE, JOAN

2020 *El poder masculino en sus estructuras. Un análisis desde la antropología del género*, Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca.